

MUNDIALIZACIÓN Y MUNDIALIZACIONES¹

JOSÉ MARTÍNEZ DE PISÓN

Catedrático de Filosofía del Derecho

Universidad de La Rioja

SUMARIO

1. EL ESPECTRO DE LA GLOBALIZACIÓN. 2. POR SUS EFECTOS LA CONOCERÉIS. 3. HACIA UNA REPOLITIZACIÓN DE LA GLOBALIZACIÓN. 4. BIBLIOGRAFÍA CITADA

RESUMEN

En una primera aproximación, puede afirmarse que el término globalización hace referencia a la constante y permanente interconexión temporal y espacial entre diferentes puntos del planeta, afectando a las relaciones económicas sobre todo, pero también a la esfera política, social y cultural. Debido a que este proceso ha trascendido las fronteras estatales, ha supuesto un cuestionamiento de los poderes del Estado, y en particular, un debilitamiento de la idea de Estado-nación. La globalización supone una serie de efectos ya muy evidentes: la desigualdad entre países y personas, la crisis ecológica, el aumento de los movimientos migratorios, el crecimiento de la potencialidad de los medios de comunicación e incluso un mayor desarrollo de la delincuencia internacional. Todo este proceso de interconexión parece presentar una tendencia a expandirse de forma irreversible, lo que lleva a plantear cómo afrontar los desequilibrios e injusticias y a la búsqueda de alternativas.

¹ Una versión de este trabajo, con el título “Globalización, neoliberalismo y políticas de participación”, fue objeto de discusión en un *workshop* en el Instituto Internacional de Sociología Jurídica, en Oñati (Guipúzcoa) el día 18 de abril de 2002.

1. EL ESPECTRO DE LA GLOBALIZACIÓN

La globalización que está aquí

Esto que tan incorrectamente se da en llamar “globalización” ni puede ni debe dejarnos indiferentes. La globalización es, cada vez más, un complejo proceso —o una suma de procesos interconectados— que se nos impone sin que esté siempre claro con qué actitud debemos afrontarlo. Por encima de explicaciones, de genealogías, de búsqueda de respuestas o del surgimiento de posturas favorables o de rechazo, lo cierto es que está conformando el conjunto de circunstancias que nos rodean y que configuran el mundo en estos inicios del siglo XXI. Puede afirmarse que constituye el entorno dominante; determina los factores que condicionan las relaciones individuales y la realidad de un lado a otro del planeta. Para bien y para mal.

La globalización es también una *buzz-word*, una palabra multiusos que es objeto de múltiples y de lo más variopintas referencias (Held 2000, 4). Una palabra recurrente y de moda que todo lo explica y en la que cabe en su seno los más variados asuntos. La última década del siglo XX ha visto cómo la globalización se convertía en el eje sobre el que gira buena parte del debate público, y no sólo de la filosofía política y, en general, de las ciencias sociales. El término y las cuestiones relativas a la globalización no se han circunscrito al mundo académico, sino que han saltado a la arena pública y son objeto de constante mención en la práctica política y de especial atención por los periodistas y los medios de comunicación. Lo que concierne y rodea a la globalización produce una atracción casi mágica en gobernantes, articulistas y tertulianos pues parece explicar los enigmas indescifrables de la actualidad; parece iluminar nuestras inseguridades e incertidumbres y, en fin, dar razón de las profundas transformaciones producidas y por ello del mundo nuevo que se avecina. O, simplemente, permite enmascarar todo tipo de discursos a cual más contradictorio.

Lo cierto es que la palabra globalización goza de una exitosa multivocidad que difumina sus perfiles y, a la vez, tolera una pluralidad de usos. No es sin más un término vago y ambiguo. Sencillamente, todavía estamos descubriendo qué es lo que representa o qué queremos decir cuando lo usamos. Estos perfiles difuminados y su amplia tolerancia hace que el término pierda corporeidad. Contrariamente, la ciencia y la filosofía positivista nos habían enseñado a centrar nuestra atención de científicos en aquello que es objetivo o está cosificado. No hay ciencia ahí donde no hay hechos o datos objetivos. Frente a ello, el espectro incorpóreo de la globalización se extiende y se expande por doquier. Ha englobado a todo el planeta sin que nos hubiéramos percatado. Como por ósmosis. Ello no quiere decir que sus efectos no sean tangibles. Todo lo contrario. Son bien evidentes y están perfectamente identificados. Incluso pueden esgrimirse diferentes causas de su expansión. Lo que sucede es que se percibe un cierto determinismo que la hace imparable y movida por resortes no muy claros. La globalización no puede evitarse; es por el contrario irreversible. Avanza inexorablemente. Aunque ello no quiera decir que la globalización deba ser irresistible. Que no deba ser orientada o guiada por una senda o sendas distintas a la que se impone en la actualidad.

El término “espectro” permite ilustrar la doble faz que caracteriza la globalización. Por un lado, su aparente naturaleza fantasmal, espectral, incorpórea que excita nuestra fantasía; también nuestros miedos y esperanzas. Y que por ello se convierte en un asidero fácil al que recurrir para explicar ciertos fenómenos y no profundizar en sus causas. Alimenta así una cierta pereza intelectual. Por otro, como la física ha mostrado respecto de otros fenómenos, apunta también esa tendencia a abrirse en un abanico de posibilidades, a aparecer como proyección de un “haz de luz”, como resultado de un entrecruzamiento complejo de elementos. Pero, por encima de todo, porque permite destacar su tendencia a expandirse, a englobar y a engullirlo todo. Y a transformarlo. Sin que aparentemente podamos impedir este proceso. Por supuesto, esta naturaleza etérea no debe ser un obstáculo para una seria y rigurosa comprensión de la globalización. Las ciencias sociales deben intentar aclarar esa multivocidad y, especialmente, desgranar aquellas ideas y aportaciones más interesantes existentes en la creciente literatura sobre el tema.

Algunos hitos del actual proceso globalizador.

El final de la década de los 80s ha sido testigo de profundos cambios en la escena internacional. Han sido y son cambios que han transformado, en algunos casos radicalmente, la realidad política, económica, social y cultural instaurada a partir del año 1945. Quizás, el acontecimiento más llamativo y sobresaliente fue el fin de la Guerra Fría, tras la caída del Muro de Berlín, el desmoronamiento del socialismo real y la desagregación de la URSS. Moría así un mundo bipolar, un época llena de tensión y de enormes riesgos. ¿Quién no recuerda los días de noviembre de 1989 cuando, de forma inesperada, los alemanes del Este se lanzan sobre el ominoso Muro que les separaba del Oeste, mientras las autoridades impávidas dejaban hacer? Muchos asistimos atónitos, a través de la televisión y los medios de comunicación, al desenlace de un acontecimiento que, poco antes, nos hubiera parecido imposible. Aún más, a las consecuencias imprevisibles que, en los meses y años siguientes, se produjeron también en otros lugares. Y todos estos cambios pudimos vivirlos en directo, en tiempo real, gracias a la presencia y a la proyección de los medios de comunicación.

Los acontecimientos de final de los 80s son, sin duda, hitos muy importantes en las transformaciones del escenario internacional y de cambios sustanciales que afectan a la vida de los individuos del planeta. Pocos meses después, y como testimonio de que algo nuevo estaba pasando, G. Bush padre, presidente de Estados Unidos, embarca a un conjunto de países de la comunidad internacional en la “Tormenta del Desierto”, esto es, en una guerra contra Irak, invasor de Kuwait, y declaraba el advenimiento de “un nuevo orden mundial”. Una parte del “viejo orden” se desmoronaba y dejaba el terreno libre para la expansión de la otra. Se podía así, felizmente, proclamar el “fin de la historia”. Ya no harían falta batallas ideológicas, las tensiones y los conflictos económicos, sociales y políticos desaparecerían de la faz de la tierra. Muchos vieron en estos hechos la prueba del triunfo del liberalismo, la democracia, las libertades, etc. El socialismo, los países socialistas y los modelos alternativos al liberalismo habían demostrado su incapacidad

ante el empuje del liberalismo en general y, sobre todo, del capitalismo globalizador, y habían perecido por sus propias contradicciones.

Sin embargo, el desarrollo ulterior de estos acontecimientos no dieron la razón a quienes creyeron esto. La experiencia mostró un mundo más interconectado, más comunicado, más ligado entre sí y, también, más sensible ante lo que acontece en otras partes del planeta. Pero, también un mundo más desigual y asimétrico, con numerosos problemas, alguno de ellos de nuevo cuño. Un mundo sometido a procesos de transformación, pero, al fin y al cabo, profundamente injusto. Pues, en ocasiones, hemos sido conscientes de estas alteraciones ante hechos como el aumento del crimen organizado, el tráfico de drogas, el crecimiento de la inmigración de los países del Sur a los del Norte, de la degradación del medio ambiente, del sufrimiento ocasionado por la miseria y la pobreza, por las privaciones y la falta de un bienestar mínimo en muchos lugares del planeta, por las enormes desigualdades entre unos y otros. No se instauraba un nuevo orden, sino un nuevo poder hegemónico que se concentraba en manos de unos pocos (principalmente, de las grandes corporaciones transnacionales y de los Estados más poderosos) y marginaba al resto. Por eso, en realidad, más que la emergencia de un nuevo orden mundial, con nuevos patrones y nuevas reglas, lo que ha sucedido, sobre todo en los últimos años, es que, ante semejantes cambios acaecidos, hemos sido conscientes de que se ha hecho imprescindible el planteamiento de un debate sobre las causas de todo ello, sobre las consecuencias, sobre su bondad o maldad, sobre sus alternativas.

A la vista del modelo que se impone y de sus efectos, un mínimo de higiene intelectual obliga a poner una prudente distancia sobre las opiniones a la moda sobre la globalización. Obliga a una perspectiva crítica: somos conscientes de que vivimos una época nueva y de que muchos de los procesos son irreversibles, pero, al mismo tiempo, debemos partir de una sana desconfianza hacia el modelo de globalización que se está instaurando. Pues, éste comporta una nueva forma de dominación, un nuevo poder de unos sobre otros que, como todo poder, genera también nuevas formas de “exclusión”. La globalización, hoy por hoy, es sobre todo globalización económica; es la globalización de las grandes empresas y de las multinacionales, del capital global que desplaza ingentes cantidades monetarias de un lugar a otro del planeta con el sólo objetivo de la obtención de grandes beneficios. Es la globalización de los beneficios. Como ha afirmado Falk, es la globalización orientada y dirigida desde arriba (*globalization-from-above*), de quienes se sitúan en la cúspide de la nueva estructura del poder global. Esta es la globalización que hay que criticar, de la que hay que mostrar sus contradicciones y sus falacias y denunciar sus consecuencias injustas. Y, frente a ella, hay que presentar las líneas maestras de la “otra” globalización, de las alternativas posibles, en suma. De esa otra globalización que no tiene por criterio el del beneficio, ni por actores los managers, los directivos de las multinacionales o los políticos fascinados por el nuevo discurso del capital y de la revolución tecnológica. La otra globalización procede desde abajo (*globalization-from-below*) y tiene por objeto la formación de una “sociedad civil global” y sus sujetos más activos a los movimientos sociales y sus organizaciones, sobre todo, las ONGs (Falk 1999). En realidad, la globalización ha

establecido un nuevo escenario y unos nuevos actores y, por ello, de lo que se trata es de reivindicar la creencia de que es posible la utopía de un mundo mejor y más justo, no dominado por la lógica del beneficio, sino por la lógica de un igual desarrollo global y de la libertad y solidaridad universal.

Globalización

“Globalización” es, como es sabido, el término con el cual se hace referencia a este complejo conjunto de procesos que están produciendo una profunda transformación a escala local, nacional, regional y mundial y que afecta a los ámbitos económico, político, social y cultural². En una primera aproximación, puede afirmarse que globalización hace referencia a la constante y permanente interconexión temporal y espacial entre diferentes puntos del planeta. Es una interconexión que afecta a las relaciones económicas, primero de todo, pero que se extiende también a la esfera de la política, de lo social y de lo cultural y que tiene como vehículo principal la revolución tecnológica auspiciada por la innovación en informática y la potencia de los medios de comunicación.

Como muestra de esta interconexión y de su capacidad potencial, baste recordar que los funerales de la princesa Diana fueron seguidos en directo por dos mil millones de personas en todo el mundo. Vivimos, pues, en un mundo globalizado en el que la información y la comunicación atraviesa de un lugar a otro en cuestión de segundos y en el que, por tanto, es posible conocer los acontecimientos en tiempo real. Vivirlos como si sucedieran a unos metros de donde estamos. No es en absoluto despreciable en el desarrollo del proceso globalizador el papel ocupado por la innovación tecnológica aplicada a la comunicación. La implantación y extensión de Internet, el *boom* de la telefonía móvil o de la televisión por satélite han sido y son elementos fundamentales en los cambios producidos en la última década del siglo XX hasta tal punto que han hecho realidad el conocido mito de la “aldea global”: un planeta interconectado en el que las distancias, la relación espacio y tiempo han disminuido vertiginosamente hasta en la práctica desaparecer.

El término globalización, con todo, no carece de ambigüedades. Es, más bien, un concepto poco claro que hace referencia a diferentes realidades. Hay quien ha dicho que es un concepto sumamente polémico. En parte, porque los procesos que se incluyen bajo el mismo son sumamente complejos; en parte también, porque los analistas han mostrado un exceso de celo en apuntar y apostillar los diferentes significados del término. Beck, por ejemplo, distingue entre “globalismo”, “globalidad” y “globalización” para diferenciar aspectos del complejo panorama: por un lado, la ideología (el neoliberalismo) que pretende sustituir la política por el mercado; por otro, la constatación de un realidad, esto es, que hace bastante tiempo que constituimos una sociedad mundial con múltiples entrelazamientos; finalmente, “los *procesos* en virtud

² Mejor cabría utilizar “mundialización”, pues globalización es un horrible término importado del mundo anglosajón y que no encaja muy bien en nuestro idioma a pesar de su extendido uso. En el texto, no obstante, utilizo ambos indistintamente.

de los cuales los Estados nacionales soberanos se entremezclan e imbrican mediante actores transnacionales y sus respectivas probabilidades de poder, orientaciones, identidades y entramados varios” (Beck 1998, 29). Esto es, la globalización no es tanto un proceso global e informe, sino, más bien, un proceso, o conjunto de procesos, atravesado por diferentes realidades que se mueven en diferentes planos –económico, político, social, cultural- que es obligado distinguir. Especialmente, que una cosa es la realidad histórica de que, hace tiempo, que vivimos en un mundo cada vez más interconectado y otra que la fuerza esos vínculos deba única y exclusivamente ser económica e inspirada en el neoliberalismo.

En la literatura especializada, globalización es sinónimo de un mundo interconectado e interdependiente (Held, McGrew, Goldblatt y Perraton 2000, 2; McGrew 1992, 2). En líneas generales, hay un reconocimiento de la intensificación, real o percibida, de una interconexión global. Lo intrínseco de la globalización sería la “interconectividad” (*interconnectedness*). A partir de este dato, es decir, la potencial interconexión entre diferentes lugares del planeta, no existirían mayores acuerdos entre los especialistas que divergen en cuestiones tan relevantes como el significado de la globalización, sus causas, sus consecuencias socio-económicas, sus implicaciones para el poder del Estado y del gobierno y sobre su trayectoria histórica. Y, ciertamente, las posiciones teóricas y prácticas sobre cada un de estos aspectos de la globalización son radicalmente dispares. Defensores y detractores realizan lecturas en verdad irreconciliables, en las que se encuentran pocos puntos en común³.

Sin embargo, el mismo reconocimiento de la “interconectividad” me parece problemático o, cuanto menos, discutible. ¿Qué se quiere decir cuando afirmamos que vivimos en un “mundo interconectado”? ¿Es, acaso, la interconectividad el elemento característico de la globalización? Un mundo interconectado pudiera significar que determinadas decisiones sobre flujos de capital, o ciertas estrategias empresariales o, incluso, un específica línea política son decididas en un lugar del planeta pero sus consecuencias son palpables en otros puntos geográficos. De esta manera, un mundo

³ La literatura anglosajona, en virtud de la influencia ejercida por D. Held y por otros, como A. McGrew, distingue tres diferentes posiciones en relación a la globalización (Held 2000, 3, 22 y ss.). Para denominar estas posturas se ha acuñado una terminología que, no obstante, plantea alguna duda. Por un lado, *globalists*, para quienes la globalización es un fenómeno real y tangible resultado inevitable del desarrollo económico y del progreso. Los “globalistas” pueden distinguirse, a su vez, en “optimistas”, esto es, los apologetas de la globalización que ponen de manifiesto sus beneficios y auguran unos cambios que van a mejorar la calidad de vida de los ciudadanos, y en “pesimistas”, quienes, junto a la tesis determinista inicial, destacan la tendencia a la uniformización y homogeneidad del proceso, así como las relaciones de dominación y explotación económica que esconde y denuncia los perjuicios para la diversidad cultural y la soberanía nacional. Por otro lado, *tradicionalists*, quienes defienden una postura escéptica frente a la globalización, creen que es un mito y una exageración: la globalización no sería sino una nueva fase del capitalismo que, con su fe ciega en la obtención de beneficios, abandona los confines regionales y asalta el orden global. Por último, *transformalists*, que representan un término medio entre las dos posturas anteriores: rechazan la polarización entre globalistas y tradicionalistas y muestran sus puntos en común. Así, por ejemplo, están de acuerdo con los segundos en que se exagera y en que hay demasiada retórica sobre la globalización y sus beneficios, y admiten, por otra parte, que el proceso globalizador es ineludible.

interconectado significa un mundo diseñado como una red de redes en la que fluyen decisiones, caudales de información, de opiniones e ideas. Un mundo, pues, en el que los diferentes ámbitos económicos, políticos, sociales y culturales fluyen por la autopista de cableado de fibra óptica o por la sinuosa carretera de una línea telefónica (Castells 1997).

Sin embargo, una comprensión de la globalización que prime la estructura en red es demasiado dependiente del desarrollo de la informática y de la presencia de Internet en nuestras vidas. Una comprensión así sería demasiado parcial, pues, proporcionalmente, todavía es demasiado bajo el número de individuos que tienen acceso a la revolución informática y a Internet. Dicho de otro modo, de ese mundo globalizado quedarían excluidos quienes no tengan un ordenador en su vivienda o lugar de trabajo, lo cual quiere decir que quedarían fuera de ese mundo globalizado un alto porcentaje de quienes viven en los países llamados del Sur e, incluso, grupos importantes de ciudadanos del Norte que todavía no han adoptado como suya la experiencia informática. No parece, pues, al margen de excesos retóricos, que esta identificación entre globalización-interconexión-red de redes sirva mucho para explicar el conjunto de procesos que estamos viviendo: lo primero que salta a la vista es que no estaríamos ante un mundo globalmente interconectado. Sólo los más privilegiados y, al mismo tiempo, inquietos pueden estar de hecho interconectados. Es decir, quienes viven en las zonas más ricas del planeta y las clases pudientes del resto de las naciones más pobres.

Por otro lado, la idea de interconexión pudiera hacer referencia a la “repercusión” de hechos, decisiones o políticas, u otras consecuencias, en diferentes puntos del mundo. Como si lo que sucede en un lugar repercutiese indefectiblemente en otros sitios. La globalización sería así la realización del viejo mito mecanicista de los materialistas de la Ilustración. Muchas de las catástrofes ecológicas parecen avalar esta comprensión. El desastre de Chernobyl no sólo afectó al espacio geográfico, en Ucrania, donde está instalada la central nuclear, sino que sus efectos se expandieron por el norte y el centro de Europa contaminando vegetación, bosques y cuanto encontró a su paso. Aún más, precisamente, ante el silencio de las autoridades, la opinión pública internacional tuvo noticia del desastre por que se detectaron sus efectos nocivos más allá del espacio aéreo de la extinta URSS. El conocimiento y la repercusión de otros desastres ecológicos, como la desaparición de la capa de ozono y el calentamiento del planeta, la deforestación de la Amazonia, los vertidos sobre ríos y aguas, etc., también parecen justificar esta lectura de la globalización.

En realidad, al margen de estos ejemplos, los acontecimientos que parecen avalar esta interpretación de la globalización tienen que ver más con la dinámica de la economía mundial. En efecto, en muchos foros y discursos, cuando se afirma que estamos globalmente interconectados, quiere decirse que ciertas decisiones tomadas en determinadas instancias y agencias tienen repercusión, no siempre muy positiva, en la vida de personas que habitan en lugares muy distantes y que la interconexión consiste precisamente en esta relación causa-efecto. Dicho de otra forma, los managers de multinacionales como GILLETTE, NISSAN, IBM, OPEL, etc., deciden, desde la sede social de su corporación, la reestructuración de la empresa y son otras naciones y sus

habitantes los que tienen que soportar el cierre de centros de producción y la supresión de puestos de trabajo. La globalización supondría así la dispersión de los lugares de decisión, de los centros de producción y transformación sólo unidos por la lógica del capital y del beneficio. Ignacio Ramonet ha estudiado varios ejemplos en los que, sobre todo, es recurrente la repercusión de consecuencias perjudiciales en este mundo globalizado (Ramonet 1997). Uno de ellos fue, precisamente, el que afectó a varias monedas europeas en el verano-otoño de 1992: los gestores de los tres fondos de pensiones más importantes de Estados Unidos, que entre ellos suman y controlan 500.000 millones de dólares, decidieron asaltar varias monedas europeas para obligar a los bancos centrales a protegerlas vaciando sus arcas y sus reservas de dólares. Ante semejante “asalto” no hay defensa posible. Pero pueden señalarse otros casos similares, como el de la banca Barings o la crisis de México, de los Tigres asiáticos, etc. Todos ellos inspirados en la misma lógica: la del beneficio propio o de los accionistas.

Sin embargo, no quisiera dejar pasar la oportunidad para señalar que esta concepción -un mundo interconectado al modo de bolas de billar, un mundo, en fin, con mutuas repercusiones- contiene dos falacias. Una primera es que contempla las relaciones globales desde la doble perspectiva de unos individuos activos y de otros individuos pasivos. La perspectiva de quienes impulsan la interconexión global y se aprovechan de ella y la de quienes deben aceptarla pasivamente, de quienes deben ser sus víctimas. En suma, una globalización asimétrica y diferenciadora, de la que sólo unos pocos pueden sacar beneficios. No parece ser ésta una lectura muy equitativa. La segunda es que esta concepción parece aún más moralmente rechazable al esconder un perturbador cinismo, pues lo que repercute y debe ser soportado por el individuo pasivo son siempre los efectos nocivos, los resultados de la capacidad depredadora de multinacionales o de grandes corporaciones en la sociedad, economía, en el medio ambiente, en la estabilidad política. De nuevo, no parece ser ésta la mejor de las construcciones posibles de un mundo realmente globalizado.

Globalización económica

Uno de los procesos que, sin duda, componen la globalización se mueve en el plano económico. En las relaciones económicas es donde se han producido los mayores frutos de la interconexión mundial; de ahí, se ha expandido a otros ámbitos hasta el punto de que pocas facetas de la vida escapan a este proceso. La globalización económica tiene su origen en la tendencia inherente del capitalismo a expandirse y a buscar nuevos mercados en los que desplegarse. Así ha sido desde sus inicios. Pero es que esta tendencia, en los últimos tiempos, se ha visto acelerada gracias a la innovación en informática –pieza clave de la tercera revolución industrial, junto con la investigación química y genética- y, en particular, a la posibilidad de desplazar en cuestión de segundos cifras considerables de dólares de un lado a otro del globo, de una Bolsa a otra, de un banco o de un fondo de inversiones a otro. Desde esta perspectiva, la globalización sería una fase más, la actual, en el desarrollo del capitalismo caracterizada por la concentración de poder económico, por el crecimiento del comercio mundial y, sobre todo, de los flujos de capital, por el

desarrollo de un mercado des-regulado, des-localizado y transnacional. Una economía más interconectada gracias al uso de la informática, pero que giraría más sobre la especulación que sobre la producción.

Por supuesto, la revolución informática no lo es todo en la globalización económica; en realidad, no ha sido sino el instrumento al servicio del capital global. Han sido necesarias, además, dos circunstancias importantes e interconectadas. Por un lado, el hundimiento del sistema económico mundial surgido de la II Guerra Mundial (Hirst y Thompson 1999, 5; Flores y Mariña 2000, 191-295). En efecto, en los primeros años de la década de los 70s se produce el hundimiento del sistema de Bretton Woods sustentado en el poder del dólar en la economía mundial y en instituciones financieras internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Desde 1945 hasta los años 1972-73 se produjo en el mundo occidental, en particular, en Japón y Europa, un crecimiento económico sin precedentes auspiciado por los gobiernos estadounidenses y dirigido por un fuerte intervencionismo estatal que, en el caso europeo, permitió articular el modelo de Estado de bienestar. Las sucesivas crisis del petróleo, originada cuando, a partir del año 1973, los países productores inician un escalada de precios, a las que hay que sumar el impacto internacional de la Guerra de Vietnam y la decisión del presidente Nixon de desvincular al dólar del precio del oro dieron al traste con el sistema de Bretton Woods. Se iniciaba entonces una etapa nueva del capitalismo internacional en la que iba a dominar, con el tiempo, la búsqueda de nuevos mercados por parte de las corporaciones multinacionales y el desarrollo de la nueva economía, esto es, la inversión en las nuevas tecnologías y el logro de beneficios a través de la especulación. Hay que afirmar también que esta etapa se caracteriza por la desorganización de la economía internacional. Es decir, por la carencia de instituciones realmente directoras en un contexto de caos económico en la escena mundial. Las instituciones de Bretton Woods, en absoluto, intentaron paliar la anarquía existente, sino que, muchas veces, la auspiciaron con su política crediticia a las naciones en desarrollo.

La segunda circunstancia, muy ligada a la anterior, tiene que ver con el cambio de paradigma en la ciencia económica y en la teoría política. Frente al keynesianismo superador de la crisis económica de 1929 e inspirador de la política económica durante décadas, se alzó una nueva teoría que, con el tiempo, ha alcanzado un considerable éxito: el neoliberalismo. Las políticas de los gobiernos neoliberales han terminado por liquidar el sistema económico internacional anterior al impulsar dos estrategias coordinadas. Por un lado, en el ámbito nacional, ha desmantelado, tras un ataque feroz y sin cuartel, los poderes intervencionistas del Estado y sus políticas asistenciales, y ha procurado llevar a la práctica su ideal de un Estado mínimo y de una sociedad civil dirigida por la *lex mercatoria*. El neoliberalismo ha acuñado un modelo de política económica plenamente aceptado por muchos gobiernos y que se caracteriza por una creciente liberalización del mercado –esto es, por la supresión de controles políticos a los flujos mercantiles-, por la privatización de los sectores públicos, por el establecimiento de un mínimo de reglamentación económica, por el desmantelamiento de los sistemas asistenciales, por el favorecimiento de los flujos de capital y de las concentraciones empresariales, por políticas monetaristas para controlar la inflación, ataques virulentos contra los

sindicatos, reducción de impuestos, etc. Su política se ha ceñido a un conjunto de máximas constantemente repetidas que, por su reiteración, es objeto de una fe ciega y colectiva. No obstante, a pesar de los mensajes constantemente emitidos sobre la realización y el éxito de estas recetas, no siempre la realidad coincide con las metas propuestas: ni se ha producido una total liberalización en algunos sectores en los que todavía perviven prácticas monopolísticas por parte de empresas privatizadas –telecomunicaciones, electricidad, energía e hidrocarburos, etc.–, la desregulación ha promovido paradójicamente una mayor reglamentación, etc.

Hoy por hoy, la ideología neoliberal y su modelo de gobierno se ha impuesto en la práctica política entre gobernantes de cuño muy distinto. Puede decirse que su dominio es casi universal. Ciertamente, el triunfo de la estrategia neoliberal se ha sucedido por oleadas, primero en los 80 en EEUU y Gran Bretaña, en los 90, Alemania y el resto de la Unión Europea, y, finalmente, el resto de países. Hoy por hoy, nada ni nadie parece capaz de resistirse a su envite y su fuerza; quizá también el anacronismo cubano. Hasta países de una larga tradición planificadora y centralista, como es el caso de China, promueven y desarrollan su particular lectura y adaptación a los designios de las reglas del mercado.

Por otro lado, el neoliberalismo se ha implantado en la esfera internacional como un imposición de los países más ricos a través de los organismos financieros internacionales (BM, FMI, OMC, G-8) y de su poder para imponer a los países del Sur férreos programas de ajuste estructural con los que pagar la deuda externa. Estos programas intercambian facilidades en el pago e, incluso, líneas de cooperación a cambio de la implantación de las políticas neoliberales en el interior de los respectivos Estados y de su apertura comercial, la liberalización de su economía y de facilidades de entrada de multinacionales. Los Estados menos desarrollados ven así hipotecado su futuro por la sujeción a duros programas de ajuste estructural que, justificados en el pago de la deuda externa, suponen la apertura de sus mercados, la explotación de sus materias primas, el pago de enormes cantidades en concepto de préstamo, etc. Hipotecan su futuro y crean una sociedad cada vez más dual, con enormes desigualdades generando así miseria y sufrimientos a sus ciudadanos.

Sin duda, con estas medidas, el neoliberalismo ha imprimido un poderoso impulso al proceso globalizador del momento actual. Aunque no es objetivo de estas páginas un análisis del neoliberalismo en profundidad, no por ello hay que dejar de poner de manifiesto la estrecha relación del triunfo de este paradigma y de algunos de los efectos más nocivos de lo que llamamos globalización. Pues, en suma, la globalización supone de hecho la realización a escala mundial de la utopía neoliberal de un sociedad sin Estado, desregulada. En efecto, como afirma Beck, “globalización significa también: *ausencia de Estado mundial*; más concretamente: *sociedad mundial sin Estado mundial* y *sin gobierno mundial*” (Beck 1998, 32).

Pero, éste no parece ser el modelo más justo. A sus consecuencias hay que remitirse cuando tanto se alaba y ensalza el orden global. Y es que, como ha señalado Falk, dentro de este modelo existen tendencias perversas que lo convierten en un proceso depredador

o, como él mismo ha denominado, en una *predatory globalization* (Falk 1999). Pero, en los últimos años, ya no sólo se trata de denunciar el carácter depredador del capitalismo global, sino también de convencernos de que el neoliberalismo, su base ideológica, ha fracasado como lo demuestran las sucesivas crisis financieras en los países emergentes y las evaluaciones de sus respectivas monedas durante el último lustro. Primero, México; luego los Tigres asiáticos, Brasil y Suramérica; finalmente Rusia e, incluso, Japón. Pues bien, estas crisis han demostrado que una globalización des-regulada, des-organizada conduce también a una crisis global que afecta también a los países centrales. Sólo es cuestión de tiempo: el efecto dominó arrastra y derriba todas las piezas del juego. El año 2001 ha sido un continuo reajuste de las previsiones económicas. Pese a lo que diga la retórica del poder, la crisis global está ya aquí.

El triunfo de la globalización neoliberal ha supuesto, entre otras cosas, según la literatura especializada, un cuestionamiento de los poderes del Estado y, en particular, un debilitamiento de la idea del Estado-nación. Para los creyentes de la globalización total, la consecuencia inmediata es la desaparición del Estado y de sus atributos. Y, en efecto, la globalización económica ha trascendido las fronteras estatales: los grandes negocios, los movimientos de capital, las decisiones empresariales de las multinacionales, si por algo se caracterizan en los últimos lustros, es por su des-territorialización, por su des-nacionalización, y ello debilita y lesiona profundamente los poderes y las capacidades de actuación del Estado. Se afirma así que ha llegado el fin del modelo de Estado-nación consolidado durante los dos últimos siglos. Y es que la globalización económica ha afectado directamente al concepto de “soberanía”. Los gobiernos nacionales pierden parte de su poder soberano ante los nuevos mercados globales y ante la potencia de los medios de comunicación transnacionales, lo que afecta a su tradicional capacidad para regular y determinar los aspectos económicos y fiscales, políticos, sociales y culturales. Además, la globalización ha reimpulsado la tendencia a crear y fortalecer organizaciones transnacionales que, en ámbitos regionales, implican también la cesión de soberanía estatal. Todo ello serían datos que revelarían el fin de una época que se inició con la paz de Westfalia (1648).

Sin embargo, frente a la creencia de los defensores radicales en la globalización y en el fin del Estado, no parece que se vayan a cumplir estas previsiones. La experiencia acumulada de los últimos años más bien muestra que no hay evidencias tan claras sobre la disminución de poder del Estado-nación. Últimamente, la literatura especializada insiste en este extremo, en que las instituciones estatales no tienen por qué desaparecer (Held 2000; McGrew y Lewis 1992; Falk 1999; Linklater 1998; Hirst y Thompson 1999). Que, en realidad, se está produciendo una redefinición de sus poderes y atributos y en que todavía tiene un papel importante que cumplir. Es más, en que la evolución de los acontecimientos, la posible construcción de una sociedad global democrática, incluso, la limitación de los excesos de la globalización no es posible sin contar con la colaboración de los gobiernos nacionales. Ciertamente es que ahora los procesos son más complejos, pues el Estado-nación ya no es el único actor de la escena internacional. Están las corporaciones empresariales multinacionales y el sistema de organizaciones internacionales, pero también las nuevas asociaciones transnacionales, especialmente, las

organizaciones no gubernamentales. Pero ello no es un obstáculo para que los poderes estatales se reacomoden a las nuevas circunstancias y para que tengan todavía un puesto importante en la arena internacional. En suma, de lo que se trata es que se está produciendo una reestructuración de los poderes del Estado: puede disminuir en algunos aspectos, asume otros. Pero, sobre todo, permanece vivo.

En realidad, como también se está poniendo de manifiesto, la globalización económica no es tan “global” como se supone (Hirst y Thompson 1999). En realidad, el mercado mundial se asienta especialmente en los tres centros de poder económico, como son EEUU, Unión Europea y Japón. El Informe sobre Desarrollo Humano de 1999 del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) constata cómo la integración económica mundial “sigue adelante a velocidad vertiginosa y con un alcance sorprendente. Pero el proceso es desigual y desequilibrado, con participación desigual de los países y pueblos en las oportunidades en expansión de la mundialización, en la economía mundial, en la tecnología mundial, en la difusión mundial de culturas y en la estructura de gobierno mundial. Las nuevas normas de la mundialización -y los participantes que las redactan- se centran en la integración de mercados, descuidando las necesidades de la gente que el mercado no puede satisfacer. El proceso está concentrando el poder y marginando tanto a los países más pobres como a la gente pobre” (PNUD 1999, 30).

Más adelante, este informe cuantifica las disparidades existentes entre países en las corrientes del comercio mundial: “el quinto de la población mundial de los países más ricos disfruta del 82% de la ampliación del comercio de exportación y el 68% de la inversión extranjera directa, en tanto que el quinto inferior cuenta apenas algo más del 1%” (PNUD 1999, 31). Esto no quiere decir otra cosa que, como apuntamos antes, la globalización no es tan “global” pues deja fuera de ella a muchos países y un buen número de ciudadanos del planeta. Áreas enteras del globo quedan fuera de la interconexión económica mundial. Además, no es tan global pues está conduciendo a un fuerte concentración del poder económico. Dicho de otra forma, las grandes cifras del comercio mundial muestran que aquél está, cada vez más, en pocas manos no sometidas a reglas concretas ni a ningún tipo de control. Lo que se ha producido, entonces, afirman algunos, más que una total globalización, es una aceleración de la internacionalización de la economía mundial, a la que los diferentes países van adaptándose.

2. POR SUS EFECTOS LA CONOCERÉIS

Pues bien, no cabe duda de que esta internacionalización de la economía mundial, este dominio del capitalismo global, es el motor más poderoso de las profundas transformaciones que sacuden al planeta. Sacudidas que están alterando el viejo orden mundial, derivado de la Paz de Westfalia y anquilosado por la Guerra Fría; que nos incardina en una difícil encrucijada y nos obliga a afrontar desconocidos procesos económicos, sociales y políticos. Sus efectos son, realmente, devastadores. Con razón, Capella se refiere al momento presente con el calificativo de “crisis civilizatoria”. Por su

amplitud y profundidad, por sus incertidumbres, por sus desesperanzas. No es una crisis al estilo clásico, circunscrita al ámbito económico. Precisamente, las cifras macroeconómicas, que con tanta profusión son aireadas por los sacerdotes neoliberales, parecen mostrar lo contrario. Es crisis civilizatoria porque afecta a las bases de la civilización occidental y es, además, una crisis planetaria porque no hay lugar del globo que finalmente no quede afectado.

Los cambios, así pues, son de tan amplio calado –una nueva *gran transformación*, al estilo de las estudiadas por Polanyi hace más de diez lustros- que son percibidos como verdaderas mutaciones genéticas, como saltos en la evolución de la humanidad hacia un punto de no retorno. Y este punto no parece ser muy justo, ni parece satisfacer las exigencias de emancipación y liberación que ha inspirado tradicionalmente el ideal de progreso y que han impulsado desde siempre los movimientos más enriquecedores de la historia de la humanidad.

Los signos de esta crisis difícilmente pueden ser ya ocultados. Los efectos de una globalización auspiciada y condicionada por la voracidad capitalista son tan evidentes que ignorarlos es un preocupante síntoma de irresponsabilidad. Los hechos y las nuevas realidades vertebran un escenario nada esperanzador. Por ello, nada mejor que afirmar que *por sus efectos la conoceréis*. Y, ¿cuáles son esos efectos? ¿Hasta qué punto una descripción realista de las nuevas situaciones resultado de la globalización muestran la profundidad de la crisis civilizatoria? Los hechos hablan por sí solos.

Desigualdades insoportables

La globalización económica, primero de todo, ha agrandado las diferencias entre los países y personas que pueblan el planeta. El mundo configurado por el proceso globalizador es un mundo desigual y asimétrico en el que ha aumentado progresivamente la sima entre ricos y pobres, entre el Norte y el Sur. Y como la globalización es un proceso entrecruzado y multifacético, un proceso de procesos –un mega-proceso- estas desigualdades no son sólo desigualdades económicas, sino que son también desigualdades políticas, culturales y sociales, tecnológicas y comunicativas. Afecta a todo. Pero, no nos engañemos. Esta deforme mundialización que premia y castiga, que discrimina y jerarquiza, no tiene fronteras ni distingue entre personas, grupos o clases. También los países del Norte se ven enfrentados con nuevas desigualdades y nuevas formas de discriminación. El Norte tiene también su particular “Sur”, sus bolsas de pobreza, grupos discriminados social y tecnológicamente. La marginación y exclusión –de inmigrantes, de extranjeros, de disidentes, de la mujer, de otros grupos sociales- es hoy por hoy “el” problema de las sociedades opulentas, como tendremos oportunidad de resaltar en estas páginas en más de una ocasión.

Pero, por encima de todo, hay que insistir en el carácter desigualitario y, por tanto, injusto de la globalización. Como afirma Capella, “la mundialización desigual de las relaciones sociales es un globalización multifacética –económica, de los flujos de bienes y comunicacional, al menos- que crea relaciones de interdependencia entre las distintas

poblaciones del planeta y reorganiza el tiempo y la distancia en la vida social. La mundialización configura un sistema desigual: con un “sur” del mundo infradotado cuya periferia se hunde en la miseria —ésta incluso puede ser creciente en ciertos escenarios— y un “norte” trifocal (en torno al Japón, la Unión Europea y Norteamérica), con su propio entorno” (Capella 1997, 239).

Desde 1990, el PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) denuncia sistemáticamente en sus informes anuales la profundización en las desigualdades económicas y sociales que se producen en el planeta, así como, sobre todo en los últimos años, la responsabilidad en todo ello de la globalización. Como señala el Informe sobre el Desarrollo Humano 1999, *la pobreza se halla en todas partes*. “Medida por el índice de pobreza humana (IPH-1), más de una cuarta parte viven en los países en desarrollo todavía no cuentan con alguna de las opciones más básicas de la vida: la supervivencia después de los 40 años de edad, el acceso a los conocimientos y servicios privados y públicos mínimos” (PNUD 1999, 28). La especificación de las consecuencias de este dato son espeluznantes: casi 1.300 millones de personas no tienen acceso a agua limpia; uno de cada siete niños en edad de escuela primaria no asiste a la escuela; unos 840 millones de personas están desnutridas; se estima que 1.300 millones de personas viven con un ingreso diario inferior a un dólar. “También en los países industrializados la pobreza humana y la exclusión están ocultas en las estadísticas del éxito, y revelan enormes disparidades dentro de los países”. Según este estudio, “uno de cada ocho habitantes de los países más ricos del mundo está afectado por algún aspecto de la pobreza humana: desempleo de largo plazo, una vida inferior a 60 años, un ingreso inferior al límite de la pobreza nacional o la falta de la alfabetización necesaria para sobrevivir en la sociedad”.

Estos datos no son mera retórica, sino cruda realidad. Una realidad no sólo por sí misma injusta, sino que, además, esconde una clara tendencia negativa, un potencial riesgo de que estallen conflictos sociales con repercusiones entre los diferentes países. No se puede impedir que los desfavorecidos deseen mejorar sus condiciones de vida y que luchen por ello. Por el contrario, hay que fomentar las vías de cooperación, de mejora, articular políticas de desarrollo de los países más pobres y que procuren una paulatina desaparición de la miseria, la pobreza y del sufrimiento y de las secuelas que genera.

Pero es que ni siquiera las estadísticas oficiales, bajo el espejismo de que todo va bien, de que todo marcha por el buen camino, pueden ocultar que las sociedades desarrolladas se ven atravesadas por un proceso de ruptura social, de pérdida de solidaridad, de quiebra del vínculo social y de incumplimiento del viejo compromiso entre capital y trabajo. Es la misma estructura de clases, que, en los países ricos, se ha generado a lo largo del siglo XX y sobre las cuales se ha asentado su estabilidad y su desarrollo, la que se ve amenazada por las políticas neoliberales y la imposición de medidas globalizadoras (Giraud 2000, 220). La sociedad de los tres tercios peligra ante el ritmo de la mundialización económica. Se observa una peligrosa tendencia a su desintegración ante la cada vez mayor fractura entre unos pocos ricos y pudientes

—quienes disfrutan no sólo de rentas e importantes medios de vida, sino también quienes tienen el privilegio de un trabajo fijo o estable- y una mayoría sin empleo, con trabajos parciales o inestables, y sin la protección estatal y de sus antaño políticas asistenciales. De continuar la tendencia, no sólo la estabilidad social puede correr un serio riesgo, sino también, y conviene advertirlo, las instituciones políticas, la democracia, el Estado de Derecho y el reconocimiento y garantía de los derechos fundamentales.

Las desigualdades de riqueza entre los países, por supuesto, se plasman en desigualdades en la actividad económica general. Basten las siguientes cifras del Informe de 1999 del PNUD: “A finales de los años 90 el quinto de la población mundial que vivía en los países de más altos ingresos tenía: el 86% del PIB mundial, en tanto que el quinto inferior sólo tenía el 1%; el 82% de los mercados mundiales de exportación, en tanto que el quinto inferior sólo tenía el 1%; el 68% de la inversión extranjera directa, en tanto que el quinto inferior sólo tenía el 1%; el 74% de las líneas telefónicas mundiales, el medio básico de comunicación de hoy, en tanto que el quinto inferior sólo tenía el 5%. Algunos observadores han previsto que habrá convergencia. Pero en el último decenio hemos presenciado un aumento de la concentración del ingreso, los recursos y la riqueza entre gente, empresas y países: los países de la OCDE, con el 19% de la población mundial, tienen el 71 % del comercio mundial de bienes y servicios, el 58% de la inversión extranjera directa, y el 91% de todos los usuarios de la Internet” (PNUD 1999, 3). Suma y sigue.

Y las desigualdades económicas implican también otro tipo de desigualdades: en tecnología, en comunicación, en investigación, en desarrollo cultural, en la universalización de los derechos humanos. La revolución tecnológica, sobre todo la innovación informática aplicada a las comunicaciones, ha trastocado la escena misma de las relaciones internacionales impulsando así la globalización, y al mismo tiempo sus consecuencias. Ha sido el instrumento que ha fomentado la comunicación y la interconexión entre personas y lugares distintos y lejanos del globo. Internet, la telefonía móvil, las redes de satélites ha reducido el tiempo y el espacio que ha dominado en el orden tradicional de comunicaciones. De esta manera, la posesión de tecnología y su empleo en la comunicación, en el trabajo, en la vida diaria diferencia y distancia a las personas y a los países. Desde esta perspectiva, la interconexión entre todos los lugares del planeta no supone interdependencia, sino, por el contrario, dependencia, y una dura y cruel dependencia que, a la postre, supone una nueva forma de dominio, más sutil y a la larga difícilmente insalvable para quien no está entre los elegidos.

La crisis ecológica

Sin duda, otro gran cuestionamiento civilizatorio es la crisis ecológica. La humanidad siempre ha creído que los recursos de la naturaleza eran ilimitados y eternos y que están a libre disposición del hombre, de sus necesidades y de su desarrollo económico. Que se podía disponer ilimitadamente de los bienes naturales en aras del crecimiento económico y del progreso. De hecho, la historia de la humanidad es, en parte, la historia del uso,

aprovechamiento y superación de los límites impuestos por la naturaleza. Y ello desde sus inicios, desde que se concibió la posibilidad de domesticar animales y desde que surgieron los primeros rudimentos de la agricultura; sobre todo, desde que la humanidad superó la fase de los cazadores y recolectores. En particular, la civilización occidental se ha construido desde el estudio y conocimiento de las profundidades de la naturaleza, de sus leyes y regularidades desentrañadas con el objetivo de un mejor aprovechamiento de sus potencialidades. La idea misma de progreso y, por supuesto, de desarrollo económico se ha sustentado en la creencia de una naturaleza inagotable puesta a disposición del hombre y de su voluntad.

Sin embargo, las últimas décadas han proporcionado razones que han mostrado cuán ilusa era esta hipótesis y cuáles son las consecuencias de un uso abusivo de la tecnología aplicada al aprovechamiento de los recursos naturales. Por un lado, los bienes de la naturaleza no son ilimitados, ni son perdurables e inagotables, sino que son finitos y escasos. Hasta los bienes antaño considerados universales –el agua, el aire, la luz solar, etc., y también otros bienes tan imprescindibles para el bienestar y el desarrollo como el carbón, el petróleo, etc.- pueden un día agotarse; por ello, son contemplados hoy como bienes preciados a tratar con cuidado o a administrar diligentemente. De hecho, ha emergido sobre todo en los países desarrollados una sensibilidad y una concienciación de su precariedad y de la necesidad de preservarlos de un uso nocivo. Por otro, resulta que los recursos naturales no sólo son limitados, sino que, además, sufren un claro deterioro debido a un uso irracional e incontrolado de sus potencialidades. La razón instrumental durante los dos últimos siglos ha hecho oídos sordos a las llamadas de atención, a los avisos y a las denuncias por los daños producidos al medio ambiente ante el altar del mercado y de los beneficios. La degradación de la naturaleza es ya una realidad que difícilmente puede ocultarse y sus consecuencias para el equilibrio ambiental, de las mismas fuerzas de la naturaleza, para la salud o la calidad de vida de los individuos son palpables. Su ocultamiento, la ignorancia o despreocupación por sus efectos es, de nuevo, otro signo de irresponsabilidad colectiva.

Pues bien, estas realidades han puesto en cuestión las bases mismas sobre las que se ha asentado la civilización occidental, su creencia en el progreso, su obsesión por un desarrollismo exclusivamente economicista, ciego a sus perturbadoras consecuencias, y, a la postre, ha puesto también en cuestión su dominio en el mundo. Estas realidades cuestionan el modelo civilizatorio impuesto. Como afirma Capella, “el problema ecológico-cultural se puede enunciar como sigue: la civilización industrial moderna se basa en el crecimiento. En una expansión de la producción en principio indeterminada e ilimitada. Pero vivimos en un planeta finito, en un medio de recursos limitados. Por consiguiente esta civilización no puede mantenerse indefinidamente tal como es” (Capella 1997, 236), Porque los recursos un día desaparecerán, porque la degradación de la naturaleza está llegando a tal estado y situación que, dentro de poco, será intolerable hasta para el sujeto occidental. Porque el modelo de crecimiento, la creencia ilimitada en el progreso no es exportable a todos los pueblos de la Tierra: “El planeta Tierra no puede soportar que las pautas de consumo de las poblaciones japonesa, norteamericana y europea occidental se extiendan a asiáticos, africanos y latinoamericanos sin un

considerable empeoramiento de la problemática ecológica. El modo de vida de la metrópolis occidentales sólo es mundializable en forma de estercolero... En otras palabras: ese modo de vida no es universalizable ni duraderamente viable salvo degeneración”.

Así pues, la globalización es en parte responsabilidad de la crisis ecológica. Me refiero a la globalización económica que, en aras de ocupar nuevos mercados, no respeta el entorno. Fomenta prácticas industriales que son un atentado permanente al medio ambiente con el uso de pesticidas, la contaminación de aguas, etc., o procura el aprovechamiento y la explotación insensata de materias primas no sólo agotándolas, sino también causando daños irreparables. Los daños a la capa de ozono, el caso de Chernobyl o la explotación de bosques o de la Amazonía son ejemplos de que estas prácticas son habituales y de que este no es el camino a seguir. Y de que su amplia aceptación y extensión, así como sus palpables efectos nos han colocado a todos en una situación de “riesgo”: de que un día se agotarán o de que la naturaleza llegará un punto de deterioro del que será imposible retornar. La vida en el planeta Tierra se hará imposible. Hasta ahora finales apocalípticos de este tipo tan sólo ha excitado la imaginación de cinéfilos y utopistas. Pero ello no quiere decir que las generaciones futuras no tengan, al final, que enfrentarse a una situación semejante.

Dicho de otra forma, aunque pudiera parecer que muchos daños a la naturaleza son “locales” y “parciales”, las consecuencias, sin embargo, son “globales” y “totales”. Lo que indefectiblemente llevará a establecer políticas también transnacionales. “Los daños principales para el hábitat humano son, cada vez en mayor grado, globales. Y así habrán de ser, progresivamente, las políticas necesarias para protegerlo y preservarlo... La que se encuentra amenazada es la necesidad de supervivencia de la especie humana”. “La destrucción de la ecología, de la que depende la supervivencia de la humanidad, es por tanto una responsabilidad común” (Drucker 1989, 197 y 199).

Además, el aumento progresivo de la población mundial, que tiene lugar sobre todo en los países más pobres o en desarrollo, profundiza aún más la crisis ecológica⁴. Es más, puede decirse que la conjunción del deterioro gradual de la naturaleza producido por el imperio de la *lex mercatoria* y del crecimiento demográfico ponen al planeta en una situación límite: ante la imposibilidad de alimentar a todos los habitantes del planeta. En efecto, si los recursos son escasos, las materias primas percederas y el mercado desaconseja la producción de alimentos básicos y sigue produciéndose el crecimiento demográfico previsible no es una fantasía, ni una falsa pesadilla o un mal espejismo el que, a mediados del siglo XXI, se produzca una fatal crisis alimentaria. Estudios neo-malthusianos hace tiempo que prevén un desenlace de este tipo. No hay más que echar un vistazo al continente africano –Somalia, Mozambique, Etiopía, etc.- para constatar la existencia de hambrunas permanentes y cuáles son sus secuelas en sufrimiento, miseria, pérdida de energías, etc.

⁴ Por cierto, el importante y poderoso Club de Roma en su informe de 1972, sobre los límites del crecimiento, ya puso el acento en ésta y en otras realidades que auguraban un incierto futuro.

Cierto es que desde hace unas décadas ha crecido una sensibilidad ecológica que deplora los daños a la naturaleza y que promueve una rectificación de todas estas prácticas y una inversión de tan nocivas realidades. La concienciación ecológica, ciertamente, es también hoy un escenario nuevo en las sociedades desarrolladas. Que puede tener consecuencias revolucionarias en el hábitat y en el entorno social, y en la renovación de las instituciones democráticas al generar una nueva forma de participación política más activa, más apegada a los problemas reales, más cercana pues al ciudadano. Incluso, la emergencia de movimientos ecologistas, como de otros movimientos sociales de corte parecido, como es ampliamente reconocido, ha sido fomentada por la globalización, lo que demuestra que es un proceso complejo, dialéctico y que produce paradójicas retroalimentaciones.

En fin, creo que no le falta razón a Ignacio Ramonet cuando afirma: “El tema del medio ambiente, antaño percibido como una cuestión aparte es percibido cada vez más como transversal a todos los terrenos. La protección del medio ambiente se impone como un imperativo común al conjunto de las sociedades. La convicción de que el planeta está en peligro aparece como uno de los más importantes hallazgos en la política de este fin de siglo. Antes que pensar el mundo bajo los parámetros económicos, como propugna el dogmatismo neoliberal, ¿no sería necesario emprender su reconstrucción a partir de los datos ecológicos?” (Ramonet 1997, 44).

Vertiginoso aumento del flujo migratorio

La nueva oleada migratoria, fomentada por los escenarios derivados de la globalización económica, es otra importante muestra de los problemas que atraviesen la denominada por Capella crisis civilizatoria. Las migraciones, desde luego, han existido siempre desde que los procesos de la naturaleza obligaron a las tribus primitivas a largos desplazamientos, desde que, ya en sus inicios, las civilizaciones de la humanidad buscaron nuevos territorios y ensancharon sus fronteras. Pero, con todo, bajo el espectro de la globalización, los nuevos movimientos migratorios adquieren una nueva cara. Son resultado de un escenario diferente y por ello mismo los problemas y las realidades generadas son también muy distintas. Cristina Blanco acierta, en mi opinión, en la Introducción de su libro *Las migraciones contemporáneas* al caracterizar estos procesos de una manera que enlaza a la perfección con la orientación dada a esta investigación: “Los grandes movimientos de población a través del espacio geográfico han sido una constante en la historia de la humanidad. Sin embargo, las causas de los desplazamientos, así como sus características y consecuencias, han sido muy variadas a lo largo de la historia, generando cada época sus propios tipos migratorios. En este sentido cabe decir que la seña de identidad de las actuales migraciones es su carácter global, afectando cada vez a mayor número de países y regiones y adquiriendo crecientes niveles de complejidad en sus causas y consecuencias. La universalización de las migraciones debe ser entendida no sólo como el incremento de sujetos móviles, o de la creciente incorporación de más países a las redes migratorias, sino también como diversificación de los tipos migratorios (motivaciones, características de los migrantes y

temporalidad de los desplazamientos)” (Blanco 2000, 9). De nuevo, la globalización genera un contexto nuevo para un fenómeno que adquiere así una perspectiva distinta y por lo cual exige también respuestas nuevas e imaginativas.

La nueva oleada migratoria está determinada, al menos, por dos circunstancias. En primer lugar, la explosión demográfica que ha tenido lugar en el planeta y cuyo epicentro se ha situado en los países más pobres. Como ya señaló el Fondo de Población de Naciones Unidas (FNUAP), en 1991, la tasa de crecimiento demográfico en la Tierra “no tiene precedentes”. En 1990, “el mundo tenía 5.300 millones de habitantes y según las previsiones de ese momento en el año 2000 la cifra alcanzaría la cantidad de 6.300 (en octubre del 2000, Naciones Unidas celebró el nacimiento del habitante 6.000 millón) y en el 2025 se estabilizaría en torno a los 11.300 millones, de acuerdo con una proyección media de los datos existentes en la fecha del estudio. En la actualidad, en el año 2001-2002, sabemos que, en parte estas previsiones se han cumplido. Lo mismo que los negros augurios ya adelantados: sobre todo, que “este aumento masivo que, desde un punto de vista histórico, ocurrirá prácticamente en forma instantánea, afectará enormemente nuestra capacidad de planificar y de dar sustento a una población que crece cada vez más aceleradamente” (FNUAP 1991, 11). Las consecuencias del crecimiento demográfico ya eran previsibles en 1990: aumento del número de pobres, mayor discriminación de las mujeres, repercusiones negativas en el medio ambiente, falta de recursos para la alimentación, deterioro de la calidad de vida, etc. Sin duda, estos datos han reforzado la lecturas apocalípticas y neo-malthusianas sobre el futuro del planeta. Pero, por encima de todo ello, lo que ponen en evidencia es la existencia de problemas de fondo que, sin la voluntad y la capacidad de previsión necesaria, limita considerablemente un desarrollo equilibrado y equitativo de las potencialidades del planeta. En suma, una mejor calidad de vida para todos sus habitantes.

Junto al aumento demográfico, han sido también determinantes para el desarrollo de la actual oleada migratoria las circunstancias económicas derivadas de la globalización. En realidad, pone en evidencia a una globalización desigual y contradictoria que favorece una nueva organización del trabajo y de la producción, una redistribución del tiempo y del espacio, pero que no globaliza por igual al capital, los bienes y servicios y la fuerza de trabajo. He aquí uno de los perfiles más paradójicos del proceso de mundialización que fomenta de muy diferente manera la apertura y liberalización. En efecto, no trata por igual al mercado de capitales, al de bienes y al de trabajo. Mientras que el mercado de capitales se encuentra plena y totalmente abierto y liberalizado a escala planetaria, no sucede lo mismo con el de bienes y con el de trabajo. El primero, como afirma Mercado, “se constituye en el mercado símbolo de la nueva fase de la mundialización. Un mercado sin referentes de espacio y tiempo y que, merced a las nuevas tecnologías informáticas y a la liberalización de los flujos de capitales en el extranjero, opera a escala global de forma continua, veinticuatro horas sobre veinticuatro; un mercado instantáneo a escala planetaria que ha puesto en marcha un proceso de *financiarización* creciente del sistema económico, de primacía de la economía financiera sobre la economía real” (Mercado 2000, 129). Ignacio Ramonet, certeramente, apunta el vértigo que produce el movimiento

de los tres grandes fondos de pensiones norteamericanos (500.000 millones de dólares) desplazados de una Bolsa a otra, en contra de las economías nacionales.

Por su parte, el mercado de bienes y servicios sólo parcialmente es un mercado abierto y totalmente liberalizado. Por un lado, los organismos financieros internacionales (Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional) y, por otro, los organismos comerciales internacionales (Ronda Uruguay del GATT y la Organización Mundial del Comercio) han impulsado el proceso de mundialización de bienes y servicios. Pero este proceso sólo ha afectado principalmente a algunos países, principalmente, los países del Sur que, a cambio de duros programas de ajuste estructural, entre otras cosas, debían reducir sus aranceles, abrazar el libremercado, abandonar todo proteccionismo de su industria, medio ambiente, materias primas, etc. Paradójicamente, no sucede lo mismo en los países del Norte: Estados Unidos, Unión Europea y Japón, en relación a las políticas agrarias, telecomunicaciones, automovilismo, etc. Al mismo tiempo, estos países se protegen contra los productos más baratos que provienen del Sur y que pueden hacer competencia a los productos locales. Como es sabido esta situación no es aceptada fácilmente y da lugar a más de una “guerra comercial”, incluso entre los países centrales. Ciertamente que la Organización Mundial del Comercio busca acelerar el proceso global de apertura y de que se prevén mecanismos para ello, pero, con todo, existen todavía muchas resistencias, lo que hace, de nuevo, que el mercado de bienes sea muy desigual.

En lo que se refiere a la mano de obra, la realidad es bien distinta: “si la tendencia a la liberalización y mundialización de los mercados de mercancías y de capitales se muestra como un proceso inexorable, no ocurre lo mismo en lo que afecta al tercer factor productivo, el mercado de trabajo ... Respecto a la libre movilidad de la fuerza de trabajo existe un doble lenguaje: libre movilidad -libertad de contratación y despido- en los confines de los Estados nacionales del centro del sistema, y de reglamentación estricta y represiva de los flujos de trabajadores inmigrantes de los flujos de trabajadores inmigrantes procedentes de la periferia” (Mercado 2000, 131). Estados Unidos y la Unión Europea son un ejemplo claro del doble rasero con el que se mide la apertura y la liberalización cuando fomentan políticas restrictivas para los movimientos de trabajadores o de inmigrantes. El “cierre de fronteras” es la máxima que inspira esta política. En la Unión Europea, que es la que más nos atañe, se practica un doble estrategia: libertad de movimientos para la ciudadanos europeos dentro de sus confines y fronteras cerradas para quienes proceden extramuros.

Planteado en toda su crudeza, el actual proceso de emigración no es sino reflejo de las nuevas relaciones que la globalización o el capitalismo global ha imprimido a los países del Sur con los del Norte, del fortalecimiento de una nueva forma de explotación de la periferia en favor del centro. Así, del mismo modo que durante el primer capitalismo se produjo una emigración del campo a la ciudad o, incluso, a finales del XIX, también en el plano internacional a los “nuevos” países como fueron Argentina o EEUU, en la actualidad, los emigrantes componen, lo que Marx denominó el “ejército de reserva” del capitalismo que le permite usar y sustituir a los trabajadores, a la mano de

obra barata, y así mantener bajo el nivel de los salarios al objeto de obtener mayores beneficios.

Ahora bien, en la actualidad, se ha producido un salto cualitativo en los componentes de los flujos de emigrantes. Si bien en las migraciones pasadas, en líneas generales, el emigrante era mano de obra barata, no cualificada, ahora, además, dentro del grupo podemos encontrar también un conjunto amplio de desplazados por conflictos bélicos (según el ACNUR, en 1995 hubo 24 millones de desplazados); además, un número muy importante son también los emigrantes de “guante blanco” o de “alto standing”: emigrantes que por su alta cualificación son recibidos con los brazos abiertos y ocupan inmediatamente en las sociedades receptoras del Norte los estratos más altos de la sociedad. Véase, por ejemplo, el caso de deportistas de élite o ciertas profesiones técnicas, como, por ejemplo, los informáticos. Frente a lo que pudiera parecer, por las noticias de los medios, en España es proporcionalmente elevado respecto a otros países de nuestro entorno, por ejemplo, los emigrantes comunitarios. Véase el caso de los jubilados alemanes en Mallorca o el, Levante español. El colectivo de emigrantes es, pues, muy variado, aunque el calificativo de “inmigrante”, “extranjero”, etc., suele dejarse sólo para un grupo dotándole además de carga peyorativa.

El fenómeno de la emigración, hoy por hoy, pone a prueba nuestras creencias más básicas y los valores sobre los que se ha asentado la tradición y la cultura occidental. Comparto plenamente la siguiente opinión de Roberto Toscano ilustrativa de lo que está en juego: “En el fondo, si se pudiera atribuir el fenómeno de las migraciones en un mundo globalizado sólo a las desigualdades socioeconómicas, el problema sería en cierto modo mucho más fácil de afrontar, e incluso las novedades para la diplomacia serían menos radicales. Pero no es así. Para explicar por qué los hombres, mujeres y niños se ponen en marcha por los peligrosos caminos de la emigración clandestina, por qué afrontan la incógnita de un futuro en tierras lejanas y desconocidas, no basta la economía, y tampoco es suficiente recurrir a los diferentes niveles de bienestar. Con frecuencia, la ‘no habitabilidad’ de tantas, de demasiadas zonas del mundo, tiene que ver más con la política que con la economía. Por un lado, tiene que ver con los conflictos internos (denominados ‘étnicos’), por otro, con el modo con el que ciertos Gobiernos, ciertos regímenes, tratan a sus propios ciudadanos. En síntesis, tiene que ver con la falta de respeto de los derechos humanos” (Toscano 2001, 24).

Ciertamente, enfrentarse con todas sus consecuencias al fenómeno migratorio supone plantearse la viabilidad de los derechos humanos y, especialmente, el de su universalidad. No sólo porque implica plantearse la situación de millones de personas que viven en esas zonas de “no habitabilidad” –sus sufrimientos, la miseria y la pobreza, las represiones y el escaso respeto de los derechos recogidos en la Declaración Universal de Derechos Humanos, etc.-, y cómo remediarla para que puedan llevar una vida digna, sino que también conlleva cuestionarse por las políticas que, sobre inmigración y extranjería, están implementándose tanto en el ámbito normativo como en el gubernamental en los países del Norte. Incluso, en estas zonas, el trato dado no es muy alentador y siembra muchas dudas sobre nuestra creencia en la universalidad de los

derechos humanos. La “Europa fortaleza”, que encarna la política del “cierre de fronteras” de la Unión Europea, son un ejemplo del camino que no debe seguirse. Y, vuelvo a insistir, evidencia que los problemas del presente no reflejan riesgos o tensiones de una mera coyuntura pasajera, sino una crisis en profundidad de las bases institucionales, sociales y políticos de la modernidad incapaces de responder ante los nuevos retos.

Poder y concentración de los medios de comunicación

La globalización, como ha quedado explicitado más arriba, es un proceso multifacético y pluridimensional al irradiar su influjo sobre todos los ámbitos de la vida individual y colectiva. Crea nuevos escenarios y transforma los ya existentes. Precisamente, uno de los aspectos centrales de este mega-proceso consiste en el crecimiento de la potencia de los medios de comunicación, de las industrias de entretenimiento y de creación y transmisión de cultura. Lo que, eufemísticamente, se denomina la “Sociedad de la Información” y que está estrechamente vinculada a la revolución tecnológica que, desde hace dos décadas, se está produciendo en el mundo de la informática y que es aplicada a los más diversos campos del actuar humano. En los últimos años no sólo ha evolucionado la tecnología –*hardware* y *software*, la tecnología digital, por cable o por satélite, etc.- hasta límites insospechados poco tiempo antes, sino que además se han ampliado considerablemente los productos a los que se aplica. Ahí está el crecimiento del número de televisores, de antenas parabólicas, de teléfonos móviles, ordenadores personales, etc., producido en los último cinco años. Y, sobre todo, el desarrollo de Internet. La revolución tecnológica y, en especial, los avances en informática son, como es evidente y a estas alturas se ha señalado en varias ocasiones, una pieza clave en el actual proceso globalizador. Aún más, es una de sus señas de identidad sin la cual no hubiera sido posible o hubiera tenido perfiles muy distintos. Están así plenamente justificados los calificativos de “gran transformación” o de “tercera revolución industrial” con los que se hace referencia a las profundas mutaciones que el desarrollo informático y su aplicación a la economía, a la información y comunicación, a la cultura, al bienestar social, a la medicina, a la genética, etc.

Sólo en este nuevo orden de cosas se puede entender que un movimiento político de protesta, un moderno movimiento revolucionario como el que está llevando a cabo el Ejército Zapatista de Liberación Nacional de Chiapas haya tenido el éxito. Un éxito mediático que ha tenido lugar sin causar una sola víctima, sin realizar actos violentos. Sólo con el poder de la imagen y de Internet. Lo cual quiere decir que el influjo de esta revolución tecnológica está dejando una huella indeleble en nuestras vidas, nuestra conducta, nuestras actitudes y nuestras creencias. La importancia de este fenómeno no puede ni debe pasar desapercibida: “El matrimonio de la informática, las telecomunicaciones y la televisión provoca una verdadera revolución, que posibilita las tecnologías digitales. Esto significa, antes que nada, medios para comunicarse (como demuestra la actual eclosión de los teléfonos móviles) y el desarrollo de usos nuevos. A partir de hoy son accesibles ya numerosas posibilidades multimedia: consultar la

enciclopedia en CD-Rom, distraerse con videojuegos, navegar en Internet. En el ámbito de la televisión, el digital permite imaginar programas abundantes y a la carta. Esta revolución de las comunicaciones tiene consecuencias en todos los órdenes, incluido el ámbito económico (las industrias de la comunicación podrían convertirse en las locomotoras de la economía a comienzos del próximo milenio) y también el terreno sociológico (nueva separación entre ‘info-ricos’ e ‘info-pobres’, entre países del norte hiperequipados y países del sur infraequipados)” (Ramonet 1997, 12-13).

Como afirma Castells, “durante la década de los ochenta, las nuevas tecnologías transformaron el mundo de los medios de comunicación” (Castells 1997, I., 369). Los *mass media* que durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial conformaron una cultura de masas han dado paso en los años 90 a unos medios de comunicación globales que transmiten información de un lugar a otro del planeta con enorme rapidez y que permiten conocer en tiempo real acontecimientos que tienen lugar a muchos kilómetros de distancia. Como si el espectador estuviese viéndolo en vivo. Nunca antes hubiera sido posible ver en directo los funerales de la princesa Diana, una final del campeonato mundial de fútbol, la erupción del volcán Etna, una matanza en ... Todo esto es hoy posible gracias a la implantación y extensión de una infraestructura informacional global que entreteje el modelo de Sociedad de la Información auspiciado en todas partes por un complejo entramado de intereses que van desde gobernantes de los viejos Estados-nación, los managers hasta las huestes neoliberales que convierten este ideal en la panacea del futuro: “Una *infraestructura de la información global (global information infrastructure)* se extiende como una tela de araña a escala planetaria, aprovechando los progresos en materia de digitalización y favoreciendo la interconectividad de todos los servicios ligados a la comunicación y a la información. En particular, estimula la imbricación de los tres actores tecnológicos –informática, telefonía y televisión-, que convergen y se fusionan en el multimedia y en Internet” (Ramonet 1997, 98-99). Y los servicios que prestan y que ponen al alcance de cualquiera que tenga un ordenador, un modem y una línea de teléfono, una cámara de video o un móvil son inmensos: noticias al segundo, programas de ocio o cultura, servicios para la empresa o para profesionales, informaciones económicas, etc. El caudal de información es tal que jamás una persona sería capaz de aprehender todo ello ni aunque viviera varias vidas.

Como nunca antes se ha realizado en el tiempo presente el slogan de que “la información es poder”. Cuando la información es fácilmente aprehensible si se está dispuesto a ello. Parece que la función de Internet reside precisamente en ello, en poner a disposición de todo el mundo ese caudal ingente de datos. Mucha gente dedica un considerable esfuerzo en volcar en la red toda esa información. Internet encarna así, para algunos, el mito del paraíso de la libertad.

Sin embargo, esta visión idílica de las redes de información y de la función de la infraestructura global en comunicación no debe hacernos ocultar sus efectos perversos. En primer lugar, el mundo de los medios de comunicación está atravesado por un doble proceso de concentración y de globalización. En efecto, las empresas dedicadas a la

información y al entretenimiento son objeto de la tendencia del capitalismo actual a concentrarse para crecer y monopolizar su actividad. Una tendencia no siempre pacífica pues se hace a partir de fusiones, adquisiciones, OPAs y demás estrategias de la batalla económica actual. Además, constituyen también un ejemplo de empresas multinacionales que saltan las fronteras nacionales para prestar sus servicios, se adaptan a la cultura local con tal de llegar al espectador, con tal de conseguir altos índices de audiencia. Estas empresas constituyen finalmente auténticos “colosos de la información” cuyo objetivo es “dominar la cadena”, prestar todos los servicios al espectador ya sea a través de la televisión, del ordenador o el móvil. Hasta tal punto llega el entrecruzamiento de intereses y de empresas.

Ello hace que los patrones clásicos que regían en estos terrenos se hayan transformado radicalmente en una mutación genética sin precedentes. Las grandes empresas multinacionales se han dado cuenta de la importancia de controlar el amplio espectro de la información y la comunicación. Todo, la información, la comunicación, la cultura, el ocio no son más que “una mercancía más que hay que producir a gran escala, la cantidad predomina sobre la calidad” (Ramonet 1997, 105). O, como pone de manifiesto Castells, “el resultado neto de esta competencia y concentración empresarial es que mientras que la audiencia se ha segmentado y diversificado, la televisión se ha comercializado más que nunca y cada vez se ha vuelto más oligopólica en el ámbito mundial” (Castells 1997, I, 373).

El patrón mercado rige los designios de los managers de estos gigantes de la información y de la comunicación. Los ideales liberadores y emancipadores de la educación, de la información, de la cultura, del ocio, tan típicos del Renacimiento y de la Ilustración, son ahora pervertidos por la lógica del mercado y de los beneficios⁵. Y el resultado salta a la vista: la imitación como signo de excelencia, el triunfo de lo banal, el reino de lo cutre. Las cadenas de televisión, sean públicas o privadas, apuestan así por programas que muestran más bien una auténtica degradación cultural. Los concursos, *reality show*, programas de supuesta investigación, tertulias en las que todo vale, en las que todas las opiniones tienen la misma consideración. Eso es lo que domina en todas las

⁵ Me parece muy claro el siguiente texto de Victor Flores: “Durante siglos los medios de comunicación (desde el papiro, los códices y la imprenta) han sido un vehículo de liberación puesto que difunden memoria histórica, conocimientos y reflexiones, *saber* social y humano. La comunicación abierta se ha opuesto tradicionalmente a las supersticiones y oscurantismo de todas las épocas. Hoy, sin embargo, al invadir masivamente todas las esferas de la vida individual y social (política, económica, cultura, moral, estética), y al depender cada vez más de enormes e impersonales monopolios que transmiten contenidos que casi nunca están relacionados con la proximidad cultural y social del receptor, sus mensajes se transforman en imágenes agresivas e impuestas obligadamente, además de que tienden a nivelar y a unificar –también de manera ofensiva– costumbres, psicologías, emociones y reacciones sin consideración alguna de sus diferencias (históricas, culturales, éticas y religiosas). Los medios de comunicación y las industrias culturales se convierten en nuevas supersticiones y hasta en nuevos oscurantismo al contener mensajes prefabricados y tendientes a difundir sólo una verdad: la del mercado y la de ciertas formas políticas occidentales (el liberalismo) que contribuyen a la expansión de su poderío y a liquidar la pluralidad de las sociedades (la diversidad del mundo) en que vivimos. Son, en más de un sentido, la negación de la cultura y del enriquecimiento intelectual de la persona” (V. Flores y A. Mariña 2000, 371).

televisiones, pues lo que importa no es hacer pedagogía, sino el índice de audiencia, el nivel de *rating*, porque es la medida del mercado televisivo. Y, para alcanzar el nivel deseado, todo vale.

La consecuencia es la deshumanización del hombre. Las nuevas industrias del entretenimiento, con su obsesión por la audiencia, buscan tan sólo estimular la dependencia televisiva de la gente sin tener presente los efectos para la psicología y las actitudes individuales. Se dice, con razón, que estas estrategias mercantiles adormece la reflexión y nuestra capacidad crítica, nos hace narcisistas e insolidarios, nos transporta a un realidad inexistente, crea individuos autistas, etc. “Una de las críticas *duras* a las industrias culturales es que invaden y controlan el tiempo libre de trabajo (el tiempo potencial de la reflexión y el enriquecimiento intelectual de la persona), violentando las capacidades creativas del individuo y la sociedad y sustituyéndolas por una falsa dimensión ‘cultural’ y ‘reflexiva’ que, en realidad, es sólo *divertimento* y distracción, *hobby* en el mejor de los casos. El tiempo libre ya no es el tiempo del desarrollo de la personalidad sino apenas el tiempo del entretenimiento, del recreo y el espectáculo. Los sueños legítimos y ‘realistas’ de cambio se convierten en realidad ficticia, degradada, *imposible*. Las ideas y los motivos profundos encuentran su cumplimiento envilecido en la publicidad: la justicia y la democracia son apenas materia de discursos y ofertas de propaganda” (Flores y Mariña 2000, 374).

En segundo lugar, la extensión del poder de los gigantes de la comunicación a todo el orbe muestra también una clara tendencia a uniformizar el mundo, a informar y comunicar desde una perspectiva unilateral los acontecimientos, la historia, la cultura, etc. Con la globalización, los medios de comunicación se universalizan; sobre todo, las grandes empresas norteamericanas, y con ello universalizan también unas creencias, unos valores, una forma de entender la vida y la sociedad, la *american way of life*. Todo se occidentaliza por mor de los medios: “La radical novedad es que la estandarización no actúa únicamente en un determinado medio social, ni siquiera en el horizonte de una noción. La homologación de los valores y las conductas es hoy un hecho internacional, *globalizado*. El alcance mundial del mercado equivale al alcance mundial de la estandarización. Las etiquetas no sólo tienen vigencia y verdad en determinados medios sociales y ni siquiera en determinados países, sino que son el sello y la franquicia de la ‘cultura cosmopolita’, el *laissez passer* que permite repetir esas etiquetas en cualquier lugar del planeta, desvaneciéndose la singularidad de los individuos que asumen la generalidad abstracta del molde. Lo singular no se convierte en universal sino en pieza y troquel globalizado” (Flores y Mariña 2000, 376).

El caso paradigmático de monopolio informativo y comunicativo es, sin duda, la CNN. Esta cadena dio un importante salto del mundo de los *media* norteamericanos al universo informativo con la guerra del Golfo. Los gobernantes y los militares estadounidenses escaldados con la libertad informativa que imperó en la guerra de Vietnam y, sobre todo, con sus efectos, en la sociedad americana, dieron el monopolio informativo a la CNN. Sólo sus periodistas y cámaras tuvieron acceso al campo de batalla y a la noticia en directo, y, claro está, a las opiniones de los protagonistas que así

llegaban a todos los hogares, de América y del mundo entero. Esto pasaba a primero de los noventa, en un período en el que la competencia informativa en Estados Unidos estaba fracturando la posición dominante de las tres cadenas que, a primeros de los ochenta, controlaban el 90% de la producción de programas televisivos. En ese momento, la CNN aceptó el reto y dio el salto de lo americano local a lo global planetario. Así, “la CNN se impuso como la principal productora mundial de noticias, hasta el punto de que, en situaciones de urgencia en cualquier país del mundo, tanto los políticos como los periodistas la sintonizan de día y noche” (Castells 1997, I, 371). Claro está que la visión de las noticias suele ser unilateral pensada para el espectador americano. Pero, ahora la audiencia potencial ha aumentado en varios miles de millones de personas.

La globalización, no obstante, como veremos, es un proceso paradójico. Por ello, a pesar de estas pretensiones unificadoras, este imperialismo cultural, como apuntan algunos, no se produce sin resistencias. Ni sobresaltos. Bajo el manto de uniformización cultural, la globalización ha puesto de manifiesto la diversidad, la existencia de múltiples tradiciones, culturas y civilizaciones, el multiculturalismo. Aún más, las culturas minoritarias, muchas veces obviadas, si no despreciadas por el eurocentrismo han alzado su voz y reivindican un puesto en el concierto mundial. Es éste, sin duda, uno de los retos que debe afrontar la globalización y quienes la dirigen; por supuesto, no la que impera, sino una globalización reorientada, más humanizada y solidaria. Queda pendiente, como otro problema a abordar, la liberación y emancipación de lo que Marcuse llamara el “hombre unidimensional”. Dicho de otra forma, la desaparición de todo aquello que adormece, suplanta la voluntad y la reflexión humana.

En tercer lugar, la potencia de los medios de comunicación es inmensa e intensa que, de hecho, se constituyen en el verdadero poder por encima de las instituciones políticas de los estados. Catalizan las opiniones, los sentimientos y emociones de la gente, forman corrientes e influyen decisivamente en la dirección del gobierno. El poder de los medios transforma peligrosamente las formas tradicionales de la actividad política y, aún más, pone en una situación de sumo riesgo a la democracia misma y, en general, a las creaciones políticas más genuinas de la modernidad. El impacto de los medios sobre la política es tremendo y difícilmente puede ocultarse. Como escribe Castells: “Sostengo que este medio tecnológico (de las nuevas tecnologías de la información) induce nuevas reglas de juego que, en el contexto de las transformaciones sociales, culturales y políticas presentadas en este libro, afectan de forma importante a la sustancia de la política. El punto clave es que los medios electrónicos (incluidos no sólo la televisión y la radio, sino todas las formas de comunicación, como los periódicos e Internet) se han convertido en el espacio privilegiado de la política. No es que toda la política pueda reducirse a imágenes, sonidos o manipulación simbólica, pero, sin ellos, no hay posibilidad de obtener o ejercer el poder. Así pues, todos acaban jugando al mismo juego, aunque no del mismo modo ni con el mismo propósito” (Castells 1998, II, 343).

Un cambio sustancial en la política de nuestras sociedades democráticas cuyo objetivos y dirección son mediatizados por los medios de comunicación. Nunca mejor

dicho que los *media* mediatizan. Captan, actúan sobre y acaparan la acción política. E realidad, los medios ocupan el espacio dejado en la dirección política por la crisis del Estado de bienestar y por el desmantelamiento de sus instituciones y de sus políticas más emblemáticas. También por la crisis del Estado-nación, por el carácter cada vez más difuso de los perfiles de la soberanía, por los problemas de legitimidad de las instituciones democráticas, etc. La transformación es, pues, radical: “debido a los efectos convergentes de la crisis de los sistemas políticos tradicionales y del espectacular aumento de la penetración de los nuevos medios, la comunicación y la información políticas han quedado capturadas en el espacio de los medios. Fuera de su esfera sólo hay marginalidad política. Lo que pasa en este espacio político dominado por los medios no está determinado por ellos: es un proceso social y político abierto. Pero la lógica y la organización de los medios electrónicos encuadra y estructura la política” (Castells 1998, II, 344). El político y la política queda atrapado por el poder de los medios. Ve perdida su autonomía, pues sólo piensa y actúa para el medio. La política-espectáculo: la pose, la mirada, la frase, la compañía, todo está pensado, meditado y premeditado para ser captado por la cámara, el micrófono, la radio, etc. Así, un segundo se convierte en eternidad al ser reiterado en el momento y luego recordado por todos los medios y todas las cadenas.

La política transmutada: “Al incorporar la política a su espacio electrónico, los medios encuadran de forma decisiva el proceso, los mensajes y los resultados, prescindiendo del objetivo real o de la efectividad de los mensajes específicos. No es que el medio sea el mensaje, porque las opciones políticas difieren y las diferencias importan, pero, al entrar en el espacio de los medios, los proyectos políticos y los políticos se moldean en forma particular” (Castells 1998, II, 354). Y no sólo la actividad política es atravesada y moldeada; los medios a su manera también hacen política. Ya sea, condicionando las opiniones de la gentes; ya sea mediatizando la imagen y las opiniones de un político, un partido. O, por ejemplo, orientando la información hacia el sensacionalismo, insistiendo en los escándalos, presentando la noticia con medias verdades, etc. La política española a mediados de los noventa, como en otros países de nuestro entorno, vivió las consecuencias de esta estrategia: la acción política combinada entre ciertos medios, políticos conservadores y poderes fácticos para derrocar el poder socialista.

El riesgo de un ejercicio omnímodo del poder de los medios de comunicación es bien patente: que suplanten a la política y que sustituyan a los poderes democráticamente elegidos. Que perviertan la democracia misma. La estructura del poder del Estado está ya suficientemente dañada por los excesos o los éxitos de las políticas asistenciales y, sobre todo, por la acción neoliberal; las instituciones democráticas presentan síntomas de debilidad; la lealtad de las masas aparentemente descende. Todo ello son síntomas preocupantes y no es difícil que surja la tentación de utilizar otras formas de hacer política. Los medios de comunicación son poderosos y es tentadora la posibilidad de utilizarlos para hacer demagogia y condicionar el poder. O, como en el caso de Berlusconi en Italia, primero lograr, a cualquier precio, una posición de monopolio en el ámbito de los medios de comunicación y, luego, utilizarlos en la arena política para su

propio encumbramiento. Por eso, la suplantación de la democracia por el poder de los medios es quizá uno de los riesgos más serios que empañan la visión idílica apuntada más arriba.

Aumento de crimen organizado y de la delincuencia internacional.

La globalización globaliza todo. También el crimen. Es ésta quizá una de las consecuencias más desagradables del actual proceso globalizador. Alguien ha escrito que la globalización es, sobre todo, globalización económica (del capital) y del crimen organizado. Y, en efecto, uno de los aspectos más destacados del proceso de mundialización general es precisamente la aparición y proliferación de manifestaciones criminales de alcance transnacional. Aunque el crimen internacional no es nuevo, lo cierto es que la globalización ha impreso un sello muy particular a las actividades delictivas: “la globalización ha abierto cauces para que formas tradicionales de delincuencia alcancen una dimensión hasta ahora desconocida” (Terradillos 1999, 187). O, como afirma Castells, “el delito es tan antiguo como la humanidad. Pero el delito global, la interconexión de poderosas organizaciones criminales y sus asociados en actividades conjuntas por todo el planeta es un nuevo fenómeno que afecta profundamente a la economía, la política y la seguridad nacionales e internacionales, y, en definitiva, a la sociedad en general” (Castells 1998, III, 193).

Ahora bien, ¿cuáles son los aspectos novedosos de las formas globales de delito en la actualidad? Varios son los aspectos novedosos del delito global o de la globalización del crimen. Por un lado, el segmento de las actividades delictivas. El crimen internacional ha abundado en los delitos que tradicionalmente constituían su actividad y, al mismo tiempo, ha aumentado también los objetos del delito. El tráfico de armas ha sido una pieza clave en dichas actividades. Ya en la década de los ochenta una parte del crimen organizado se dedicaba al tráfico de drogas y al blanqueo de dinero. Con los 90's ya no sólo se trafica con bienes, sino también con personas. Así, las mafias globales se han especializado en la venta de niños, en la trata internacional de mujeres para destinarlas a la prostitución, en el contrabando de inmigrantes ilegales, etc. El tráfico de drogas sigue siendo, no obstante, el principal objeto del delito del crimen global. Su amplitud y alcance se extiende por todo el planeta sin que ningún lugar quede a salvo. Constituye además un negocio con unos beneficios y un movimiento de dinero que supera, las más de las veces, los presupuestos de los Estados. Según Castells, de acuerdo con la Conferencia de 1994 de Naciones Unidas sobre el Crimen Organizado Global el comercio anual de drogas ascendía a 500.000 millones de dólares y el de todos los delitos unos 750.000 millones. Sin duda, un negocio muy suculento.

Otro aspecto destacado de la globalización del crimen es que los delincuentes no constituyen meras bandas de criminales, sino que se organizan en grupos estructurados

y en que establecen alianzas sólidas entre ellos a escala transnacional. Al constituir grandes organizaciones consolidadas, al estilos de multinacionales del crimen, poseen una gran cantidad de medios y logran escapar a la acción de los Estados. Como nunca antes, el crimen organizado transnacionalmente constituye un entramado poderoso con sofisticados medios y numerosas posibilidades, además de mover ingentes cantidades de dólares, sirviéndose con éxito de la globalización económica. En efecto, los criminales ya no actúan solos, sino que los diferentes grupos nacionales establecen alianzas entre sí no sólo para no competir sino sobre todo para establecer estrechos y poderosos lazos. Soln numerosos los grupos que actúan ahora ordenadamente: desde los cárteles colombianos, las mafias italiana y estadounidense, los *yakuzas* japoneses, las redes criminales rusas o las Tríadas china, etc. “Esta internacionalización de las actividades criminales hace que el crimen organizado de diferentes países establezca alianzas estratégicas para colaborar, en lugar de combatirse, en los ámbitos de cada uno, mediante acuerdos de subcontratación y empresas conjuntas, cuya práctica comercial sigue muy de cerca la lógica organizativa de lo que he denominado ‘empresa red’, característica de la era de la información. Es más el grueso de las operaciones de estas actividades están globalizadas por definición, a través del blanqueo de dinero en los mercados financieros globales” (Castells 1998, III,195-196).

El poder de estas organizaciones, de estas mafias criminales transnacionales es inmenso hasta el punto de que supera el poder de los Estados, otro aspecto éste que caracteriza al crimen globalizado. Incluso, penetra en sus estructuras y los utiliza. Los casos de la mafia italiana y de las redes criminales rusos son ejemplos paradigmáticos de lo limitado del poder de los Estados y del uso que estas redes hacen de las estructuras estatales. Como en el caso de la globalización económica, en la que las multinacionales y los grandes fondos de inversión actúan por encima y en contra de los estados, el crimen globalizado ,con sus alianzas y sus mutuos intereses, superan los poderes estatales y vulneran su soberanía. Incluso, la atacan. De nuevo, hay que insistir en que la globalización económica y la globalización del crimen parecen fenómenos coincidentes: utilizan los mismos medios tecnológicos e informáticos, se sirven de la apertura de fronteras y de la liberación comercial, se estructuran de acuerdo a la misma lógica de organización en red, etc.

3. HACIA UNA REPOLITIZACIÓN DE LA GLOBALIZACIÓN

La globalización es irreversible

Las fuerzas que impulsan la globalización son tan poderosas y los procesos en marcha de tal calado que existe una percepción general de que es irreversible, de que es “inevitable” e “irresistible” (Falk 1999, 5). Que se impone por su propia dinámica allá donde penetra. La globalización es el contexto en el que los ciudadanos desarrollan sus actividades y en el que se enmarca su vida en las postrimerías del siglo XX y del que ahora se inicia (Beck 1998, 35). Un contexto que difícilmente puede soslayarse, sobre todo, para quienes viven en las áreas geográficas directamente afectadas. Es decir,

prácticamente todo el planeta salvo algunas zonas de Africa y Asia. Y todo parece indicar que continuará su tendencia a expandirse. Lo cual quiere decir que continuará la interconexión económica, la búsqueda de mercados, la concentración de poder, la producción des-centralizada y los movimientos de capital; que la soberanía estatal seguirá debilitándose o, dicho de otro modo, que el Estado-nación continuará su lento declive y la búsqueda de nuevos espacios y de nuevas formas de estructurar políticamente las comunidades que de todo ello surjan. Por ello debemos aprestarnos para tratar sus contradicciones y paradojas, para afrontar las nuevas realidades.

Ahora bien, que la globalización sea irreversible, que no quepa dar marcha atrás, no quiere decir que deba aceptarse en su desarrollo actual. Precisamente, he ahí el desafío o conjunto de desafíos que se presentan: el de afrontar los desequilibrios, las desigualdades e injusticias que la globalización neoliberal y economicista que se está imponiendo desde hace varios lustros. Son numerosas las voces, de especialistas, de defensores de derechos humanos, etc., que se alzan contra el modelo neoliberal y sus realidades y que auspician una rectificación general. La globalización no sólo exige un replanteamiento de muchas de las categorías habituales hasta hace poco en el discurso política, sino que ella misma debe ser objeto de un profundo cuestionamiento y, a la postre, de reorientación hacia un mundo más justo y solidario.

Irreversible no quiere decir que sea irresistible.

¿Existe alguna alternativa a la globalización dominante?

Pues bien, el inicio del siglo XXI ve cómo se alzan voces pidiendo el fin de la anarquía global, de esta sociedad global sin Estado mundial plasmación del libertarismo anarquista aplaudido y ensalzado por la ideología neoliberal. Parece llegado el tiempo de una re-politización, de someter a un control político democrático los vaivenes de este proceso, de buscar nuevas reglas que canalicen la vida en la aldea global en el nuevo contexto de universalización y que eviten sus efectos perversos y perjudiciales, como los especialistas, sociólogos y politólogos están exigiendo insistentemente —el mismo Beck, pero también quienes defienden el cosmopolitismo, la democracia cosmopolita (Held), la justicia global, y otro tipo de manifestaciones similares.

Entre quienes se suman a esta reivindicación hay que contar también al Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), al que se supone buen conocedor de los efectos de la mundialización, tanto de los beneficios económicos y sociales que aporta a las sociedades el libre comercio y la libre transmisión de ideas y de información como del daño que produce en los más débiles a quienes margina. Por eso, nada más ilustrativo de esta postura que una de las conclusiones de su *Informe sobre Desarrollo Humano 1999*: la necesidad de *reinventar la estructura de gobierno mundial en pro de la humanidad y de la equidad* a la que dedica su capítulo 5. Más aún, afirma: “La reinención de la estructura de gobierno mundial no es una opción, sino un imperativo para el siglo XXI” (PNUD 1999, p. 97). Los fallos del sistema del gobierno mundial son tantos y su costo es tan elevado que su reforma no debe ser objeto de discusión, sino que es una exigencia

y una necesidad perentoria cuyo objetivo debe ser la construcción de un mundo mejor y más justo, más equilibrado y equitativo, en el que los derechos humanos ocupen un puesto central.

Sin embargo, durante los últimos años, los organismos financieros y comerciales internacionales, los gobernantes de los países más poderosos y, por supuesto, los ejecutivos de las corporaciones transnacionales no se han tomado muy en serio esta propuesta del PNUD. Precisamente, son años que coinciden con una fuerte contestación en la calle contra la globalización imperante y que se ha manifestado en las concentraciones populosas en Seattle, Praga, Davos, Génova, Barcelona, etc. Esto es, en la formación de un fuerte movimiento contestatario, en el surgimiento de foros alternativos y en el impulso de experiencias imaginativas, como es el caso del gobierno de la ciudad de Porto Alegre.

4. BIBLIOGRAFÍA CITADA

Baran, Paul y Sweezy, Paul (1986): *El capital monopolista*, 11ª edic., trad. de A. Chavez, México: Siglo XXI.

Barber, Benjamín (2000): *Un lugar para todos*, Barcelona: Piados.

Beck, Ulrich (1998): *Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, trad. de B. Moreno y Mª R. Borrás, Barcelona: Paidós.

Blanco, Cristina (2000): *Las migraciones contemporáneas*, Madrid: Alianza Editorial.

Capella, Juan Ramón (1997): *Fruta prohibida. Una aproximación histórico-teórica al estudio del derecho y del estado*, Madrid: Trotta.

Capella, Juan Ramón coord. (2000): *Transformaciones del derecho en la mundialización*, Madrid: Consejo General del Poder Judicial.

Castells, Manuel (1997, 1998): *La Era de la Información. Economía, sociedad y cultura*, 3 vols., versión castellana de C. Martínez Gimeno, Madrid: Alianza Editorial.

Díaz, Elías (1986): *Estado de Derecho y sociedad democrática*, 5ª reimp. de la 8ª edic., Madrid: Taurus.

Drucker, Peter (1989): *Las nuevas realidades*, prologado por Fco. J. Palom, Barcelona: Edhasa.

Dumont, René (1991) *Un mundo intolerable. Cuestionamiento del liberalismo*, trad. de M. Mur, México: Siglo XXI.

Estefanía, Joaquín (2002): *Hij@, ¿qué es la globalización? La primera revolución del siglo XXI*, Madrid: Aguilar.

Falk, Richard (1999): *Predatory Globalization. A Critique*, Cambridge: Polity Press.

Ferrajoli, Luigi (1999): *Derechos y garantías. La ley del más débil*, prol. de P. Andrés Ibáñez, Madrid: Trotta.

Flores Olea, Victor y Mariñas Flores, Abelardo (2000): *Crítica de la globalidad. Dominación y liberación en nuestro tiempo*, México: Fondo de Cultura Económica.

Fondo de Población de Naciones Unidas (FNUAP) (1991): *La población, los recursos y el medio ambiente. Los desafíos críticos*, London: FNUAP.

Giraud, Pierre-Noël (2000): *La desigualdad del mundo. Economía del mundo contemporáneo*, trad. de E. Cazenave Tapie, México: Fondo de Cultura Económica.

Held, David (2000): “¿Hay que regular la globalización? La reinención de la política”, *Claves de Razón Práctica*, 99, pp. 4-11.

Held, David editr. (2000b): *A globalizing world? Culture, Economics, Politics*, London/New York: The Open University.

Held, David, McGrew, Anthony, et al. (2000): *Global Transformations. Politics, Economics and Culture*, 1ª edic. in 1999, Cambridge: Polity Press.

Hirst, Paul y Thomson, Grahame (1999): *Globalization in Question*, 2ª edic., Cambridge: Polity Press.

Lasch, Christopher (1996): *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*, trad. de F. J. Ruiz, Barcelona: Piadós.

Linklater, Anthony (1998): *The Transformation of Political Community*, Cambridge: Polity Press.

Lucas, Javier de (1996): *Puertas que se cierran. Europa como fortaleza*, Barcelona: Icaria.

Lucas, Javier de (1998): “La globalización no significa universalidad de los derechos humanos. (En el 50 aniversario de la Declaración del 48)”, en *Jueces para la Democracia*, 32, pp. 3-9.

Martínez, Daniel y Vega Ruiz, Mª Luz (2001): *La globalización gobernada. Estado, sociedad y mercado en el siglo XXI*, Madrid: Tecnos.

Martínez de Pisón, José (1998): *Políticas de bienestar. Un estudio sobre los derechos sociales*, Madrid: Tecnos/Universidad de La Rioja.

Martínez de Pisón, José (2001): *Tolerancia y derechos fundamentales en las sociedades multiculturales*, Madrid: Tecnos.

Martínez de Pisón, José (2001b): “Globalización y derechos humanos. Hacia una justicia universal”, *Claves de Razón Práctica*, 111, pp. 40-48.

McGrew, Anthony (1992) “Conceptualizing Globals Politics”, en A. G. McGrew y P. G. Lewis, *Global Politics*, Cambridge: Polity Press, pp. 1-30.

McGrew, Anthony y Lewis, Paul (1992): *Global Politics*, Cambridge: Polity Press.

Mercado, Pedro (2000): “El ‘Estado comercial abierto’. La forma de gobierno de una economía desterritorizada”, en J. R. Capella edtr., *Transformaciones del derecho en la mundialización*, Madrid: Consejo General del Poder Judicial, pp. 123-158.

Nozick, Robert (1988): *Anarquía, Estado y Utopía*, trad. de R. Tamayo, México: Fondo de Cultura Económica.

Offe, Claus, (1990): *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, edic. de J. Keane, trad. de A. Escotado, Madrid: Alianza Editorial.

Passet, René (2001): *La ilusión neoliberal*, versión esp. de M^a Victoria López, Madrid: Debate.

Pérez Luño, Antonio (1991): *Derechos Humanos, Estado de Derecho y Constitución*, Madrid: Tecnos.

Petras, James y Polychroniou, Ch., (1998): “El mito de la globalización”, *Ajoblanco*, 105, pp. 22-29.

PNUD (1999): *Informe sobre Desarrollo Humano 1999*, Madrid: Mundi-Prensa.

Ramonet, Ignacio (1997): *Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo*, versión castellana de A. Albiñana, Madrid: Editorial Debate.

Rocas, José M^a edtr. (2001): *Imaginación democrática y globalización*, Madrid: Catarata.

Toscano, Roberto (2001): “Mundo global, identidad de grupo. Diversidad y convivencia entre ética y política”, *Claves de Razón Práctica*, 114, pp. 22-31.